

La difícil situación por la que atraviesa Rusia ha afectado de manera especial a los cuantiosos contingentes de especialistas que trabajan en los centenares de institutos y centros que conforman la impresionante estructura científica y tecnológica de la desaparecida Unión Soviética (la que, por cierto, mantuvo siempre una curiosa concentración geográfica en este aspecto, al grado de que más del 95 por ciento de la actividad de investigación se realizaba en la república rusa). En primer lugar, se trata de un número muy grande de personas, alrededor de millón y medio de científicos e ingenieros, que hasta hace poco tiempo gozaban de un cierto *status* privilegiado en la sociedad soviética, y que ahora deben conformarse con medios de vida y condiciones de trabajo muy diferentes. En segundo lugar, por lo general son especialistas de muy alto nivel que difícilmente podrían reciclarse para cambiar de ocupación en actividades de orden común o buscar ingresos adicionales ejecutando *chambitas* al margen de sus labores ordinarias.

Al parecer, sólo una fracción muy pequeña de ellos, cuyas habilidades tecnológicas les permiten aprovechar las ventajas de la economía de mercado a través de la venta de patentes a corporaciones industriales de Europa Occidental, Japón o Norteamérica, tienen la posibilidad de resolver en el corto y mediano plazo el angustioso deterioro de su condición personal y los problemas de equipamiento e instrumentación en sus laboratorios. No es tan sencillo suponer — como podría uno imaginar en una primera reflexión — que pudiera darse una emigración masiva hacia los países occidentales, pues aunque siempre sería acogida con entusiasmo en cualquier centro de investigación la llegada de algún prominente científico — que los hay, y muchos —, no es concebible que pudiera encontrarse acomodo para más allá de un porcentaje insignificante, comparado con el gran número de ellos. Se estima, por ejemplo, que en los últimos dos o tres años se han reubicado más de 3 mil científicos rusos de alto nivel en Estados Unidos, que ha logrado así acoger a "la más luminosa colección de sabios expatriados desde la II Guerra Mundial", en palabras de un destacado físico estadounidense. No cabe duda de que con esto se consolida enormemente la ciencia en el vecino país, que disfrutaba ya de una clara posición de liderazgo en casi todas las áreas de la investigación científica. En una ironía de la historia, el hasta hace poco llamado "imperio del mal" — como lo bautizó el ex presidente Reagan — contribuye así a reforzar con un grupo de sus mejores productos al país que fue su peor enemigo durante tantos años.

Nuestro país no ha dejado pasar la oportunidad de beneficiarse de la situación y también ha abierto las puertas para extender su hospitalidad a académicos de los antiguos países socialistas. Al parecer, residen ya en México alrededor de 300 investigadores de ese procedencia trabajando con grupos mexicanos y don Fausto Alzati, titular del Conacyt, espera que en los próximos meses se incorpore otra cantidad similar, afirmando (en declaraciones a unomásuno el pasado 26 de mayo) que "...México tiene prisa por incrementar el número de investigadores..."

Nos queda un largo trecho por recorrer para alcanzar una posición significativa en materia de investigación científica. Pesa mucho, desde luego, la falta de tradición, que tiene como consecuencia el desconocimiento general y, con ello, el desinterés general hacia el trabajo de los científicos. Lamentablemente, el problema se inicia desde la educación básica, donde tendrían que sembrarse las semillas de la curiosidad intelectual y los valores y conocimientos esenciales que permitan que aflore la vocación y se perfile una dedicación de toda la vida. Falta en nuestro sistema educativo el mecanismo de detección y estímulo de los talentos sobresalientes — lo mismo para las artes que para las ciencias — que hay que cultivar esmeradamente si se quiere obtener, a la vuelta de muchos años, un gran cúmulo de creadores en todos los campos. Por desgracia, con un romo concepto del igualitarismo, lo que hacemos usualmente es cercenar sin piedad cualquier asomo de inteligencia o facultades excepcionales y frustrar, desde las edades tempranas, las posibilidades de orientación apropiada, dejando al azar la formación individual. Esto hace muy difícil que se desarrolle y se arraigue en la cultura nacional la conciencia de la necesidad fundamental de educar buenos científicos (y, en general, de educar bien a la gente).

Aunque no resuelve el problema de fondo, es una excelente idea el aprovechar las difíciles condiciones que privan en las universidades de los países ex socialistas de Europa Oriental para contratar científicos de aquellas latitudes y tratar de implantarlos en nuestro medio. La tradición rusa, polaca, checa y húngara en materia científica es de primera, y no cabe duda

3 de junio

Importación de científicos rusos Una nueva inmigración de intelectuales

Tomás Garza

de que el país se beneficiará del influjo de buen número de personas sólidamente formadas. Ya vimos cómo el exilio español tuvo, en su momento, un efecto notable en nuestro medio intelectual, y seríamos muy afortunados si esta nueva inmigración colectiva tuviera un efecto semejante. Hay que convenir en que la idea es audaz, pues se habla de un número importante de personas y, como quiera que sea, aunque se insista en que no desplazarán a los investigadores mexicanos y que no gozarán de condiciones especiales, no hay que perder de vista que en este terreno lo que cuenta es el talento y la formación, la calidad y la productividad de las personas. En el campo de la investigación científica, los investigadores de mejor calidad desplazarán a los menos competentes, cualquiera que sea su nacionalidad. Malo sería tratar de sujetar a investigadores de alto nivel en posiciones inferiores sólo por razones

de origen. Tendrán que manejarse las cosas con una gran dosis de sensibilidad y cuidar de no caer en las posiciones *chauvinistas* a las que somos tan adictos los mexicanos.

Por último, habrá que ver dónde se ha pensado en ubicar a esta masa de inmigrantes intelectuales. Los españoles del exilio tuvieron, en buena medida, que formar nuevas instituciones e iniciar avenidas académicas nuevas, con el apoyo decidido de personalidades locales que poseían el conocimiento, la visión y la influencia necesarias para lograr su propósito. La situación ahora es diferente, y sería un error suponer que la presencia de uno o dos matemáticos o físicos rusos de alto nivel en alguna modesta institución de educación superior en el interior del país va a cambiar el estado general de cosas, como por arte de magia. Ojalá que no estemos tratando de implantar solamente la punta del *iceberg*.

¡Ahí vienen los rusos!

Enrique Villanueva V.

Noticias múltiples, conversaciones, tocan un tema extraordinario: cientos de científicos y tecnólogos rusos han decidido aceptar la oferta hecha por el Gobierno Mexicano a través del Conacyt para que vengan a residir en instituciones de educación superior de nuestro país. Algunos hablan de 400 ya comprometidos y de otros 300 aspirantes; otros dan cifras menores. El hecho es que varias decenas ya se encuentran en México trabajando diversas áreas del saber científico.

Aún no me ha tocado conocer a ninguno de ellos pero tengo referencias de que tienen la más alta calidad, y hay la expectativa de que su incorporación le dé a la ciencia y la tecnología mexicanas algo que nunca antes han podido alcanzar sino en átomos aislados, a saber, investigación y enseñanza tipo Primer Mundo.

Esta noticia es de lo más alentador que se haya escuchado jamás; parece un sueño, una fantasía, una ilusión, que podamos contar con una ayuda de esa magnitud. Sin duda es la acción más trascendente que ha llevado a cabo el gobierno actual y es también una acción que habla de la prudente inteligencia con la que se está manejando el Conacyt. Esta sola acción, si tiene el seguimiento adecuado, puede resultar decisiva para la transformación de la educación superior en México. Muchas de las recomendaciones hechas en el Informe Coombs pueden convertirse en hechos duros. Con la ayuda de estos científicos rusos se puede emprender la formación de nuevas generaciones de científicos mexicanos, así como actualizar a muchos de los que existen y aún tienen posibilidades. Pero no solamente la ciencia y la tecnología mexicanas pueden aprovechar este hecho notable, sino también las maltrechas humanidades en las que hay demasiada mediocridad producto principalmente del auto-engaño y de la corrupción.

Lo principal es por ahora dotar a estos científicos y tecnólogos, del instrumental adecuado; pero igualmente importante es desarrollar una labor callada, que exige cierto tacto y sutileza, a saber, ponerlos en contacto con los científicos mexicanos pertinentes para que establezcan las relaciones personales que son necesarias si se quiere que su trabajo tenga trascendencia. Solamente así podrán esos científicos recuperar un ambiente humano adecuado en el que puedan seguir floreciendo intelectualmente. Luego habrá que protegerlos de las mafias, grupúsculos, envidias, golpes bajos, etcétera de los que desgraciadamente está plagada la academia mexicana (tal vez en este aspecto también pueda ser benéfica su influencia, pues si ponen un ejemplo de lo que es llevar a cabo una vida académica integral, esto podría ayudar porque las nuevas generaciones tendrán un modelo netamente académico a seguir).

Ya tendremos oportunidad de volver a tocar el tema. Mientras tanto, nuestra bienvenida a los colegas rusos que vienen a ayudarnos a la difícil tarea de la investigación y la docencia científicas y tecnológicas.

2 de junio 1992